

Clara Voghan

*A través de
mis ojos*

edición digital



VI

© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 590848

Edición digital de CCM
de distribución gratuita,
se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

IMPORTANTE:

Insertos en el texto de esta edición gratuita se reproducen algunos versos de canciones famosas, las cuales han sido transcritos al mero efecto de apoyar la acción dramática.

Los derechos de los mismos quedan reservados a sus respectivos autores.

CAPÍTULO VI

Aquella noche Ángel no pudo dormir.

¿Tendría razón Victoria? ¿La amaría Fernando, como ella lo amaba a él?

Tenía que saberlo. Aunque eso no cambiara nada, tenía que saber. Además lo extrañaba tanto, que la sola idea de volverlo a ver, la excitaba. Y es que desde que estaba con Raúl, él había desaparecido de su vida, dejando un vacío en su corazón que no sabía como llenar.

¿Y si visitaba la clínica, con cualquier excusa?

No... No era bueno jugar con fuego, sobre todo cuando no se estaba dispuesto a dejarse quemar.

Irreflexivamente, ni bien asomaron los primeros rayos de sol, Ángel comenzó a vestirse, dispuesta a ir a su encuentro. Sabía que su guardia comenzaba a las ocho. No pedía mucho... Quizás verlo de lejos...

—¿A dónde vas tan temprano, Ángel? —preguntó extrañada Lucía, al toparse con ella en el pasillo.

—A caminar un poco. Creo que, de estar tan quieta, me estoy atrofiando.

—¿Con tacones, y tan arreglada?

—Tienes razón... Es que no pude dormir en toda la noche, y pensé que...

—¿Te sientes mal?

—Claro que no... Es que...

Lucía la miró con desconfianza, pero no insistió, ni la obligó a acabar aquella frase que no tenía final.

Ángel aprovechó para salir a la calle, casi corriendo. Ahora su necesidad de Fernando era incontrolable, superando, incluso, a su miedo.

—¡Señorita!

Un hombre mayor la detuvo.

—Señorita —insistió el anciano—, ese muchacho la llama.

Ángel se dio vuelta, para encontrarse cara a cara con Raúl, que llegaba hasta ella, agitado.

—¿No me escuchaste? Hace como dos calles que te estoy llamando.

—¿Qué haces aquí, tan temprano? —preguntó confundida la joven.

—Me avisaron que tendré que ir unos días al Uruguay, y vine a invitarte para que me acompañes.

—¿Tú y yo, solos?

—Si quieres le digo a Ornella que venga. Puedes dormir con ella.

—Prefiero que no... Tengo el curso que he pagado para poder rendir bien el ingreso. Sabes lo complicado que es aprobar el examen a medicina.

—Sé que cada día que pasa te extraño un poco más, y que no quiero alejarme de ti.

—Fernando, desde que comenzamos a salir, hemos estado juntos a cada hora del día y de la noche. Quizás nos haga bien tomar algo de distancia.

—¿Hablaste con él, no?

—¿Con quién?

—Con Fernando.

—¡No!

—¿Tu amiga te habló de él?... ¡Sabía que no tenía que dejarte ir sola a esa cita!

—¡No! No es por él...

—¿Y entonces por qué me llamaste “Fernando”?

—¡Yo no...!

Su novio la miró sin ocultar su decepción. Y Ángel se sintió avergonzada.

—Estaba yendo a la clínica —confesó al fin—. Lo extraño demasiado.

—¡Lo sabía!... ¡Tenía un mal presentimiento con esa Victoria Ferrari! No me gustó para nada la forma en que me miró el día de navidad.

—No es por ella. Es por mi... Lo extraño demasiado.

—¿Y Patricia? ¿A ella también la extrañas? ¿O eso que dijiste sobre ser una buena amiga...?

Ángel agachó la cabeza, avergonzada.

—¡Tienes que venir conmigo al Uruguay! No puedo dejarte... Fernando es como una droga, y todavía estás en proceso de desintoxicación. Por mucho que te quiera, Ángel, no puedo confiar en ti.

No. Tenía razón. Ni ella podía confiar ya en si misma.

Y es que estaba desesperada.

* * *

Estaba desesperada. Las cosas con Fernando no mejoraban, a pesar de que Patricia lo quería cada día un poco más. La noche anterior lo había intentado todo. Sabía

con seguridad que él no se estaba acostando con otra. Así que, si sus cuentas eran correctas, llevaba ya por lo menos dos meses sin sexo. Sin embargo, Fernando ni se había molestado en fingir excitación ante sus caricias. Lo estaba perdiendo... Aquel moreno espectacular se estaba apagando lentamente entre sus brazos.

El trabajo era el único desvelo de su novio. Por lo demás, nada parecía interesarle.

Todas las noches Patricia se acostaba con las mismas ansias, y cada mañana se levantaba con igual frustración. Y ella no tenía demasiado de que vanagloriarse en la vida: su poder sobre los hombres había sido siempre su mayor orgullo. Pero ya Ignacio se le había resistido. Y ahora su hijo repetía la historia.

¿Cómo burlar aquel rechazo que la lastimaba tanto? No era suficientemente buena como médica. Por cierto, tampoco se lucía como madre, y mucho menos como hija... ¿Qué le quedaba entonces, si ni siquiera era buena como mujer?

Sólo el vacío.

* * *

Fernando miró su reloj. Casi las diez de la noche. Ya era hora de volver a casa, pero no tenía ganas.

Abrió su casilla de mail, en busca de algo que lo retuviera un poco más en su consultorio. Pero nada. Ya había respondido todo.

Sin esperanzas abrió el *msn*, rogando para que, aunque fuera Lucianita, estuviera conectada.

Luis

quiere conectarse

Fernando observó la señal naranja, y se extrañó.

¿Conocía a algún Luis? Daba lo mismo. Era capaz de cualquier cosa con tal de no volver a su departamento.

Pulsó el botón de aceptar.

Luis says:

¿Fernando?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿Quién eres?

Luis says:

Luis.

un amigo del colegio. ¿me recuerdas?

Fernando dudó. No, no recordaba a ningún Luis. Estaba “El Chino”, o “El Tano”, pero Luis, no.

Luis says:

¿me recuerdas?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿Vendes algo, o algo así?

Luis says:

¡No!!!!!!!!!!!! Sólo quería saber de tu vida.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿quién te dio mi dirección?

Por un momento la pantalla quedó vacía, lo cual aumentó las dudas del joven doctor.

Luis says:

tu hermana Luciana. Le tomé su último examen, pero, por desgracia tuve que reprobarla. ¿No te contó?

Desde el otro lado del monitor, Ángel se estremeció. Se estaba jugando el todo por el todo. Si la charla se interrumpía por algún motivo, y Fernando hablaba con su hermana para confirmar la historia, estaba perdida.

La pantalla volvió a iluminarse.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

de seguro lo merecía. No la vi estudiar demasiado.

Ángel sonrió. ¡Menos mal que no era en verdad el profesor de Luciana, porque, de lo contrario, su hermanito le estaba echando una buena palada de tierra!

Luis says:

¿qué es de tu vida? ¿te has casado?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

no, ¿y tú?

Luis says:

Tengo tres hijos. ¿Vives con alguien?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

sí

Luis says:

¿la amas?

Fernando miró la pantalla del ordenador con sorpresa.
¿Qué clase de pregunta era esa?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿eres gay?

Luis says:

no!!!!!! estoy por separarme.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

si pudiera, yo también. Pero mi pareja no está pasando un buen momento, y me necesita.

Luis says:

amas a talguien más?

¿A “talguien”?... Y, además, ¿que tipo de pregunta era esa?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

eres gay?

Luis says:

nooooo. Estoy enamorado de otra. UNA MUJER!!!

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

yo también

Ángel se estremeció.

Luis says:

¿una compañera de trabajo?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

un ángel

Por unos segundos, Fernando esperó respuesta.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿estás ahí?

Luis says:

sí, pero me tengo que ir.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿quieres que nos veamos?

Luis says:

Tengo que irme. Después hablamos.

La pantalla se oscureció.

“¡Lástima!”, pensó Fernando.

Ya no había más excusas. Iba a tener que volver a casa.

* * *

“Me quiere... Me quiere... Me quiere...”

—¿Has visto? —preguntó Raúl con dulzura—. Yo tenía razón. Cada vez te cuesta un poco menos la intimidad. Y hasta diría que hoy mis besos algo te gustaron.

Ángel intentó responderle, pero no podía pensar, porque su cerebro no cesaba de repetir:

“Me quiere... Me quiere... Me quiere...”

—¿Y?

Ahora Raúl la miraba fijamente, y era obvio que esperaba una respuesta de su parte.

—¿Qué me preguntaste?

—Si me vas a acompañar al Uruguay. Parto esta tarde.

—¡No! —replicó con vehemencia. Pero de inmediato intentó suavizar el tono—. No me sentiría cómoda.

—Pues yo no estoy cómodo dejándote en casa de los Aguirre. Es más, ya lo discutimos. Mamá te espera. Está encantada con la idea de que te mudes con ellos.

—¿Con quién lo discutiste?... Por cierto no fue conmigo.

—¿No es más lógico que vivas en casa de la familia de tu novio, y no en la de unos desconocidos?

—Los Aguirre no son desconocidos. Hace más de diez años que Ignacio y Lucía me acompañan de una u otra forma.

—Pero te han aceptado por lástima. Y creo que no hay motivos para que sigas abusando de su hospitalidad.

—En tu casa no me sentiría cómoda. Prefiero vivir sola.

—¡Yo también lo pensé! Me parece lo mejor —se apuró a decir Raúl, sin ocultar una cierta emoción en su voz—. Podrías mudarte a mi casa en el barrio privado. Estarías segura, y nadie te molestaría

—¡Nunca! Prefiero ser independiente, y comprarme un pequeño departamento.

—¿Escuchas lo que dices? ¿Para qué gastar dinero, cuando hay trescientos metros cuadrados vacíos, esperándote?

—Tu casa queda a treinta kilómetros de mi facultad.

—Eso también tendrías que meditarlo.

—¿Qué?

—¿De verdad quieres ir a la facultad?

La joven hizo una mueca de disgusto.

—Piensa un poco, cariño... ¿A qué edad te recibirías? Y, además..., ¿no te gustaría ser una madre joven? Sería fabuloso tener al menos un hijo antes de los treinta. Quien te dice, dos. El reloj biológico de las mujeres corre, y estoy seguro que luego de unos años de casada querrás...

¿Casamiento? ¿Hijos?.. No había pensado en eso... Claro que tampoco había pensado en los “treinta”, y ya estaban apenas a cinco años de distancia.

—Voy a intentar hacer todo junto.

—No sé para qué... Una facultad es un terrible esfuerzo. ¡Y más la de medicina!... Es una locura perder tiempo en algo que sabes que no vas a acabar.

—¿Por qué no la voy a acabar?

—¡Vamos, Ángel! No te enojés, pero terminaste el bachillerato a los saltos. Te falta formación, y tiempo para adquirirla... No me parece mal que estudies. De hecho, no me gustaría que terminaras siendo una tonta como Ornella. Pero hay muchas cosas que puedes seguir, y no son tan difíciles... No sé... Algún curso de historia del arte, por ejemplo.

—No me interesa el arte. Me gusta la medicina, y la vida en un hospital...

—Si te mudaras a la casa del barrio privado, podrías formar parte de las “Damas de rosa”. Son señoras de familia que se hacen tiempo para colaborar en hospitales pediátricos, sin recibir nada a cambio.

—No quiero ser enfermera... Quiero curar. Me gustaría hacer investigación.

—¡No sabes lo que dices! Eso es más largo y difícil aún.

—Tengo una vida por delante.

—¿Entonces no piensas viajar nunca conmigo? Yo tengo una carrera fabulosa, que no quiero dejar. Una carrera real, y no un sueño. Y necesito una mujer que me acompañe.

—Entonces no soy la mujer para ti.

Aquel gigantón con cara de niño agitó sus largas pestañas doradas, y se deshizo ante los ojos de su novia.

—No vuelvas a decir eso ni en broma, por favor — suplicó, mientras la cubría con su cuerpo—. Te amo demasiado como para pensar en perderte.

Y diciendo aquello, comenzó a besarla con pasión, mientras Ángel se quedaba quieta. Esperando.

* * *

Luis says:

¿Fernando?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¡Finalmente! Te busqué, pero no te conectabas

Luis says:

¿me buscaste?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

Me dejaste pensando. ¿Una mujer y tres hijos?

déjate de joder, hermano!!!!!!

por muy enamorado que estés de otra, hay cosas más importantes

Luis says:

opino igual. Por eso no le he dicho a la otra lo que siento

¿y tú?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿qué?

Luis says:

¿le dijiste lo que sientes?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

me vuelvo tan loco cuando estoy con ella, que es imposible que no lo sepa.

Ángel se estremeció, complacida. “No, querido Fernando... Soy tan idiota, que no sabía”, pensó, pero en vez de eso, se limitó a escribir:

Luis says:

¿cuándo supiste que la amabas?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿la Ira vez?

una tarde que la vi bailar bajo la lluvia

Las mejillas de Ángel se encendieron, y su sexo comenzó a latir... ¡Por eso parecía tan incómodo!... ¡Por eso la había besado en la boca al regresar!

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿estás ahí?

Luis says:

pero si tu novia te necesita, haces bien en no decirle. Yo tampoco le diré nada a mi mujer. Me bastará saber que ella me ama.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

feliz de ti

ella no me ama. está con un idiota.

Luis says:

SÍ QUE TE AMA!!!!!!

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿quién te dijo?????????

Ángel había metido la pata. Tenía que pensar rápido.

Luis says:

igual, mejor será dejar las cosas así. Tu novia te necesita.

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:
para ti es fácil decirlo, pero yo llevo casi 3 meses sin sexo, pensando en ella. Si no resuelvo esto rápido, el que se va a matar soy yo!!!!

Una vez más la muchacha se estremeció. Al parecer, a los hombres no les alcanzaba con el romance, o sentirse amados a la distancia. Además, querían cama. Y en cambio ella...

¡Uff!..., ¡también!..., ¿para qué mentir?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:
¿estás ahí?

Luis says:

tengo que irme

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿quieres que nos encontremos?

Luis says:

tengo que irme

Ángel apagó el ordenador. Uno de tantos, en un locutorio de la calle Juramento, casi pegado a la boca del metro, (no había querido dejar rastros en ningún otro equipo que pudiera incriminarla)

¡Tres meses sin sexo!

Sabía que no era algo muy generoso de su parte, pero estaba fascinada con la idea de que él le fuera fiel, a pesar de dormir con Patricia cada noche. Que la deseara tanto, como para no desear a nadie más.

—¿Puedo usar el teléfono? Después pago todo junto.

—Cabina dos.

La muchacha se apuró a llamar. No quería que anocheciera mientras ella estaba allí.

—Hola... ¿Inmobiliaria?

* * *

Ángel salió del curso y comenzó a caminar junto al resto de sus compañeros, hacia la boca del metro. Como había vaticinado Raúl, estudiar no era nada fácil. Y la Biología Celular, menos que menos. Su cabeza estaba a punto de estallar. Pero, sobre todo, porque toda la clase había estado pensando en otra cosa. No. Pensando, no. Luchando contra sí misma, y sus ganas de volver a comunicarse por *msn* con Fernando. Saber que la deseaba tanto como para no tener sexo con otra, la conmovía. Claro que se daba cuenta que era bastante “turrito” de su parte pretender que el pobre muchacho actuara como un monje, sólo porque no podían estar juntos. Pero era inevitable. Cada noche que lo sabía durmiendo con Patricia, la desesperaba un poco más. Y ya no podía con tanta locura. Por eso había decidido tomar distancia, y cortar lo del *msn*. Si se acostaban o no, prefería no enterarse... No había ningún motivo para que “Luis” volviera aparecer en el monitor de Fernando. No había...

Luis says:

¿Fernando?

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

Hola, ¿cómo estás?

Luis says:

la otra tarde me quedé pensando: tres meses es mucho tiempo

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿Para qué?

Luis says:

sin sexo

Luis says:

estas ahí????

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

Eso ya se resolvió. Patricia es una yegua en la cama, y acabamos de pasarnos catorce horas SEGUIDAS de fiesta.

¡Qué mujer! ¡Qué potra! Sabe hacer de todo, y a mí me enloquece.

Luis says:

tengo que irme

Doctor Fernando Aguirre, médico cardiólogo says:

¿No quieres detalles? Los tengo, ¡y muy jugosos!

Luis says:

tengo que irme

Y ante los ojos de Patricia, la señal del monitor desapareció.

“ ¡¿Con qué esas tenemos?!”, se dijo aquella mujer, embravecida. “ ¡Contando intimidades de nuestra vida privada a cualquier estúpido que aparece por la red!”, se repitió, furiosa.

Cerró la laptop de su novio. Sí... Iba a tener que aprender un poco más de tecnología si pretendía controlar más de

cerca a Fernando. Y a esas alturas, ya estaba dispuesta a todo por retenerlo. ¡Total!, ahora lo que le sobraba era tiempo.

* * *

—¿Una sorpresa?... ¿Qué sorpresa? —preguntó Raúl en tono preocupado, del otro lado del celular, y, lo que era peor, del otro lado del Río de la Plata.

—¡Me estoy mudando de casa de los Aguirre!

—¿Cuándo?

—Hoy... Ahora... En un ratito vienen de la mueblería a traer las cosas. Ayer llegó el refrigerador, y esta tarde el lavarropas.

—No entiendo... Acabo de hablar con mamá, y ella no me contó nada de...

—¡No! ¡Me compré mi propio departamento! ¡Es hermoso!

—¿Me voy una semana, y haces esto? ¿Qué ocurre? ¿Querías aprovechar que yo no estaba?

—¿Cómo piensas algo semejante?! —mintió la muchacha.

—¿Dónde queda?

—En la calle Virrey del Pino, a metros de la estación Hernández, en el barrio de Belgrano.

—¿Belgrano?! ¿Para qué irse hasta allí? ¿No querías algo cerca de la facultad? Desde la casa de mis padres puedes llegar caminando... ¿Ya escrituraste?

—Ayer.

Del otro lado de la línea, el enojo de su novio era palpable.

—Está bien... Ya veremos cuando regrese mañana... Ahora tengo que irme.

—Hasta mañana.

—¡Espera!... ¡Ángel!... ¿Me escuchas?

—Sí.

—Te amo.

—Mañana voy a buscarte al aeroparque con tu madre — dijo la muchacha, por decir algo—. Hasta mañana — concluyó, apurándose a cortar.

¡Ahora sí!...

¡Por fin sola, en aquel bello departamento que le pertenecía! Se sentía libre y feliz.

Había sido un amor a primera vista. Y sí, en aquel lugar podía pasar más de dos horas sin querer matarse. De hecho, luego de terminar con el escribano, se había quedado hasta

muy tarde en la noche. Y sólo cuando Ignacio había ido a buscarla preocupado, había accedido a irse.

Amaba ese departamento. Y tenía la extraña sensación de que allí iba a pasar muchos momentos felices.

Sonó el timbre de la puerta de calle, y corrió hasta la cocina, para accionar el portero eléctrico.

—¿Quién es?

Pero no obtuvo respuesta.

Lucía había prometido llegar a las nueve de la mañana para ayudarla con la mudanza, y ya eran más de las diez... ¿Debía llamarla? Aunque lo más probable es que fuera ella, subiendo por el elevador.

Sonó el timbre de la puerta principal, y la muchacha se apuró a abrir.

—Estás retrasada, Lucía —la reprendió en tono burlón, sin mirar.

Y recién cuando escuchó aquella voz profunda y masculina, comenzó a temblar.

—Mamá no pudo venir, y me pidió que te ayudara —dijo Fernando, clavando en ella aquella mirada arrebatadora, oscura como la noche.

Y bastó aquel dulce embrujo para que su corazón comenzara a latir con tanta fuerza, que por un instante la

muchacha tuvo miedo de que se escuchara desde el exterior.

—¿Y Patricia? —preguntó cuando al fin logró reponerse.

—Hola —le respondió Fernando con cierto enojo, luego de cerrar la puerta tras él.

Y es que la dueña de casa permanecía inmóvil, como pegada al piso, contemplándolo.

—¿Estás bien? —le preguntó, al verla tan confundida.

“Yo también te amo”, gritaba el corazón de Ángel. Pero su boca no se movió.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Fernando, pero esta vez un poco preocupado.

—Sí... Es que no te esperaba. Hace mucho que no nos vemos...

Y con esa habilidad que le era tan propia, Ángel se apuró a esconder sus sentimientos más profundos, y comenzó a actuar como lo haría cualquier buen anfitrión. De hecho, como le había visto hacer a Laura, su futura suegra, un millón de veces.

—Pasa, por favor... ¿Te gusta el departamento? Es contrafrente, pero, mira, la vista es hermosa. Da a un inmenso pulmón de manzana, repleto de árboles y flores. Durante todo el día hay luz de sol. El baño y la cocina tienen ventanas inmensas, y ha sido recién remodelado.

Como si fuera un comprador, y ella una desconocida, Fernando comenzó a observar cada detalle de aquel espacio mínimo con detenimiento. En verdad era un lugar bello y acogedor... Pero él apenas podía notarlo. Todavía estaba conmocionado. Aquella mañana, sólo por huir de Patricia, había ido a desayunar a casa de sus padres. Su madre, apenada, le había pedido que tomara su lugar, y fuera a acompañar a Ángel. Solos los dos... Por supuesto, no le habían alcanzado los segundos para aceptar la tarea, encantado. Y ahora estaban allí. Juntos. Claro que sabía que aquel gigantón estúpido no había salido del panorama, sino simplemente del país. Por supuesto que no ignoraba que las cosas entre Ángel y su rival, iban viento en popa... Pero aunque más no fuera el volver a verla a solas por un rato, era un regalo que no iba a cesar de agradecer.

La necesitaba demasiado. La deseaba demasiado.

Tomó aire, decidido a calmarse, y manejar la situación.

Sí. Al menos podía hacer el intento de recuperar la amistad entre ellos. Las charlas divertidas, la reflexión serena, la contención que tanto le hacía falta en ese oscuro momento de su vida.

—Hermoso —dijo, dando al fin su veredicto.

Pero la verdad era que, mientras decía la frase, su vista ya se había desviado hacia el cuerpo de la muchacha.

Por fortuna, ella no lo notó.

—¿Quieres tomar algo frío? Ayer trajeron el refrigerador.

—Bueno...

La siguió hasta la cocina.

—¿Y el dueño de las habichuelas? —preguntó como al pasar.

—¿Quién?

—El gigante.

—¿Raúl?... Está en Uruguay. Vuelve mañana.

—¿Va a vivir aquí contigo?

—¡No!... Además, él tiene una casa inmensa en un barrio privado.

—Tiene dinero.

—Ocupa un cargo muy importante en una multinacional. Es ingeniero.

No pudo decir más. Volvió a sonar el timbre, y de inmediato aquello se convirtió en un pequeño caos de muebles entrando y saliendo, en busca del lugar correcto.

Durante media hora Ángel y Fernando pelearon por la ubicación que debían tener las cosas, como si ese departamento fuera para los dos. Tanto, que uno de los peones llegó a decirle: —Su novio tiene razón, señorita.

Aquí hay más luz, y va a quedar mejor. ¿Por qué no deja que él decida?

Y entonces Fernando se había acercado hasta ella para susurrarle: —¿Ves?... “Tu novio” sabe lo que dice. Debes escuchar a los que de verdad te aman.

Y bastó esa frase, dicha en tono juguetón, para que la muchacha se pusiera de nuevo a temblar.

Por fortuna, su turbación no pudo durar demasiado. Una vez que los empleados se fueron, comenzó la etapa de limpiar y poner orden. Y tampoco fue nada fácil.

Luego de más de dos horas de estar juntos, Fernando se sentía orgulloso de sí mismo. Se estaba comportando en forma medida y controlada... Y si bien, cada vez que la sentía cerca, su sexo comenzaba a reclamar, nada en su exterior permitía inferirlo.

—¿Me ayudas a poner el colchón sobre la cama? —le rogó Ángel—. Es pesado.

—Una sola plaza —reflexionó Fernando con satisfacción—. Al parecer no esperas visitas...

La muchacha lo miró con odio, pero se abstuvo de todo comentario.

—¿No te acuestas con él?

—¡No seas ridículo! Apenas hace dos meses que salimos, y antes, ni siquiera había besado a un hombre —

explicó la muchacha, mientras sacudía la sábana con la cual iba a hacer la cama.

Y fue a través del blanco del lino, que sintió la mirada de él, penetrándola.

—Bueno —reclamó Fernando muy serio, y sin cerrar en ningún momento sus bellos ojos morenos—, técnicamente, ese primer beso te lo di yo.

De nuevo Ángel se quedó quieta. Congelada, a pesar de que por dentro estaba ardiendo.

—Técnicamente —asintió al fin—. Como sea, todavía no me siento lista para...

—No dejes que te presione... Es más, sería bueno que esperaras hasta...

—¿Qué esperara? —se enojó ella, sin razón aparente—
¿Por qué?

—Bueno... Tú eres católica, y...

—Tú también. Y no te veo esperar.

—Es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque eres hombre? ¿No me venderás con esas estupideces, no?

—No... No es porque yo sea hombre, sino porque soy un estúpido con dos cerebros. Pero tú eres más lista que eso, y puedes hacerlo mejor.

Por unos segundos se quedaron callados, mirándose fijamente. Y fue Ángel la que se obligó a ocuparse en algo, para evitar así aquellas ansias que empezaban a invadirlos.

Acomodó la sábana, y comenzó a estirla, cuidando de que no quedaran pliegues.

A un costado del cuarto, él la contemplaba hacer, maravillado.

¿Siempre había sido tan bella? ¿O eran esos tres meses sin sexo, que lo estaban haciendo enloquecer?

Disfrutó el movimiento de sus pechos al inclinarse, y se perdió en la extensión de aquellas piernas increíbles, que culminaban en un culo redondo y acariciable.

Por un segundo tuvo la fantasía de que ella lo había visto mirarla y que, lejos de ocultarse o tomar distancia, se había demorado un poco más en exhibir aquel movimiento invitante de sus caderas.

¡No! Lo estaba imaginando...

Una vez acabada la cama, durante un tiempo delicioso volvieron a compartir esa intimidad que tantas veces se habían regalado en la “Enfermería 1”. Hablaron de la facultad, de la salud de Patricia, de Rocío, y hasta de Victoria. Todo, como si hubieran sido viejos amigos que por fin se encontraban, luego de una larga ausencia.

Cada uno de ellos se sentía orgulloso de si mismo. ¡Lo estaban logrando! Estar juntos, disfrutando de la buena compañía, sin esperar nada más.

Era curioso, porque en aquel bello departamento Fernando se sentía en casa. Como si todo hubiera sido comprado a su medida. Todo, excepto la cama, por que él la hubiera elegido doble, para poder hacerle el amor a Ángel cada día que estuvieran juntos. Para despertar a su lado cada mañana.

Por un buen rato observó el trajinar de la muchacha, sin interrumpirla. Ángel estaba ahora junto a la ventana, empeñada en colgar algo.

Pero luego de haberla visto estirarse vanamente durante unos minutos, (luego de haber disfrutado la bella extensión de su cuerpo, y haber recorrido con la vista cada una de sus curvas), Fernando, al fin, le preguntó:

—¿Qué quieres hacer con ese palo, Ángel?

—Estoy practicando para torero. ¿No ves mi capa? – replicó con ironía, mientras meneaba un paño blanco.

Fernando sonrió.

—¿Ves esos ganchos arriba de la ventana? Se supone que allí debo ensartar este barral, con la cortina.

—¿Cortina? ¡Qué lujo!

—¿No tienes una en tu casa?

—¿Te burlas? Convencer a Patricia de que la cama había que hacerla todos los días, ya fue un verdadero triunfo. ¡Ni hablar de poner cortinas!

—¿Vas a seguir reflexionando a la distancia, o vas a venir a ayudarme? Trae un banco de la cocina.

—¿Para qué? —contestó, algo ofendido— No seré un gigantón deforme como tu novio, pero creo que hasta allí puedo llegar sin dificultad.

Tomó el barral de manos de la muchacha, pero cuidando de dejarla atrapada con su cuerpo musculoso. Los dos tenían sus brazos estirados, y las manos casi enlazadas, mientras sus cuerpos se tocaban. Desde allí Fernando podía oler el aroma embriagador del cabello de Ángel, y sentir el calor que emanaba de su cuerpo...

No. No tenía que distraerse.

y la respiración de ella, que comenzaba a agitarse...

No. Tenía que mantener la calma.

y casi podía percibir el movimiento de sus pechos deliciosos, subiendo y bajando a través de su camisa liviana...

Por un segundo Fernando se quedó así, con los brazos extendidos, sintiéndola en todo su ser.

Él género los envolvía, y la pasión comenzaba a cegarlos.

Acomodó el barral como pudo, y bajó la mirada.

Y entonces se topó con esos ojos verdes que lo hacían enloquecer. Y esta vez, no había nadie para poner distancia. Eran sólo ellos, y esa pasión compartida, que comenzaba a quemarlos.

Y una vez más, como en la buhardilla, Fernando no pudo contenerse. Con desesperación buscó aquel cuerpo joven con sus manos, tomándolo con violencia, apretándolo contra la ventana, dispuesto a...

Un sonido estridente los interrumpió en el preciso momento en que sus labios habían alcanzado los de ella.

Apenas había llegado a rozarla, cuando volvió a sonar el timbre con impaciencia.

Fernando se separó con dificultad, y mirándola, todavía confundido y excitado, llegó a murmurar:

—Estoy loco por ti.

Se sintieron unos golpes amenazadores en la puerta, y una voz familiar que gritaba del otro lado.

—¡¿Ángel?!... ¿Estás bien?

Era Lucía.

—Sí, ya voy... —pudo articular la muchacha, sin dejar de mirar en silencio a aquel hombre que amaba, mientras su cuerpo le gritaba mil cosas que no tenía ningún derecho a decir.

Abrió la puerta, y de inmediato entró Lucía, preocupada.

—¡Qué susto! ¿No escucharon el timbre? Por un momento pensé que quizás Fernando no había podido venir, y que te había ocurrido algo.

—La cortina... Estábamos poniendo la cortina –atinó a decir la joven.

Si Lucía se dio cuenta de que allí había ocurrido algo más, no lo dejó traslucir. Pero de inmediato quedó claro que no iba a volver a dejar a su pupila librada a su suerte. Por el contrario, no se despegó de ellos, ni siquiera cuando Patricia tuvo el mal gusto de aparecer.

En efecto, como si fuera una tromba, poco antes de que anocheciera, la novia de Fernando tocó el timbre. Sus insultos se escuchaban desde el elevador. Estaba furiosa porque el muchacho había perdido por cuarta vez su celular, (¡qué oportuno!), por lo que ella no había podido localizarlo en toda la tarde.

Y ante tanto enojo, nadie pudo advertirle que en aquella casa estaba también su futura suegra. Aquella eterna rival, que se las había ingeniado para vencerla, siempre desde las sombras.

No es que ambas mujeres no se conocieran, sino que se resistían a recordarse, por lo cual las presentaciones fueron de rigor.

Por fin estaba ocurriendo aquel encuentro buscado con tanto empeño, como empeño se había puesto en evitarlo.

Y fue cuestión de segundos para que la tensión en aquel pequeño lugar se hiciera evidente. Unas ardían por demasiado odio, mientras los otros languidecían por excesivo amor.

Para las nueve de la noche, Fernando se resignó a lo obvio. No podía ser amigo de Ángel. La deseaba demasiado. Pero, tal como estaban las cosas, tampoco tenía derecho de retenerla.

Y entonces, y luego del tercer comentario desubicado hecho por Patricia acerca de Ignacio, simplemente arrastró a su novia hacia el elevador, casi sin despedirse.

Ángel los acompañó hasta la planta baja, para abrirles la puerta. En aquel descenso compartido, una vez más él se dejó inundar por su perfume fresco. Y la convicción de que quizás esa fuera la última, lo desesperó. Ya estaba cansado de percibirla a la distancia, de apenas rozarla, de decir las cosas a medias. Así que, más allá de toda prudencia o decoro, cuando él y su novia ya estaban en la calle, Fernando besó levemente a Ángel en la mejilla, y le susurró:

—Vamos a tener que terminar esa conversación...

—¿Qué conversación? —preguntó Patricia de inmediato.

Y Ángel se apuró a responder:

—Mejor no. Mañana regresa Raúl, y voy a estar muy ocupada.

Fernando clavó en ella una mirada que la hizo estremecer, pero de una manera distinta.

Aquellas palabras habían lastimado al pobre doctor hasta el fondo de su corazón, así que, sin esperar más, se limitó a arrastrar a su novia lejos de aquel lugar.

—¿Qué conversación? —seguía repitiendo Patricia, mientras intentaba alcanzarlo con esfuerzo.

Y cuando ya estaban a punto de dar vuelta la esquina, Ángel, que había corrido hasta ellos, los detuvo, agitada.

—¡Fernando! —comenzó a decir, mientras trataba de recuperar la calma—. Gracias por todo... —Y mirándolo fijamente a los ojos, agregó

—Nunca voy a olvidar lo que hiciste hoy.

* * *

Durante casi un mes Fernando había intentado vanamente comunicarse con Ángel. Durante casi un mes Patricia lo había torturado con preguntas sobre lo ocurrido aquella tarde, y lo había sometido a su más estricta vigilancia. Durante casi un mes él había llamado al celular de la muchacha, o a su teléfono, y siempre le había respondido aquel idiota con voz de niño, para informarle que ella no estaba.

Mejor se la sacaba de la cabeza. Mejor la olvidaba... Por mucho que le doliera, era obvio que Ángel no estaba

interesada en él. Y aquella frase dicha a medias en la calle, con Patricia delante, y que había servido para mantenerlo en pie durante casi un mes, bien podía ser sólo algo amable, pensado para amortiguar su vergüenza y su decepción.

No... Ángel no lo amaba. Y estaba en todo su derecho.

Por fortuna, el trabajo mejoraba día a día. El quirófano llenaba sus horas, dando una razón a su existencia. Y, como había predicho su padre, ya había vuelto a trabajar en el hospital. Sí, aquel lugar miserable, era adictivo. Y no sólo porque le recordaba a Ángel, y las épocas en que, sin saberlo, había sido feliz, sino porque luchando contra la pobreza y la burocracia se sentía más vivo. La clínica era maravillosa, pero el hospital era real.

—Mi padre trabaja para un laboratorio, y quizás pueda conseguirte el remedio que necesitas —se apuró a decir Fernando a su paciente.

Pancho Rodríguez era un obrero de la construcción de apenas treinta y siete años, que tenía doce hijos, y desde hacía dos años, una cardiopatía severa. Entre hacer un hijo y otro, aquel hombre oscuro siempre se las ingeniaba para tomar de más, o comerse un buen asado, cuanto más grasoso mejor. Era un caso perdido. Pero también era el único sostén de toda su familia.

—Si esperas a que lo llame, podré decirte dónde y cuándo retirar la...

Fernando rebuscó en sus bolsillos, y ya comenzaba a impacientarse.

—¡Será posible! Es el tercer celular que me desaparece en menos de un mes, y el cuarto en los últimos...

Y todavía no había acabado la frase, cuando una musiquita cursi comenzó a sonar desde la barriga del niño que acompañaba al bueno de Pancho, mientras su ropa se iluminaba como arbolito de navidad.

—¡Upps! —dijo el muchachito, de unos ocho años.

—¿Me lo das, así puedo responder? —le pidió Fernando, más divertido que enojado.

El niño le alargó el aparato, con un descaro total, sin siquiera intentar una explicación.

El joven doctor se apuró a atender, y cuando colgó se enfrentó al niño, que le resultaba bastante simpático.

—Así que te dedicas al “pick pocket”

—¡¿Lo qué?!

—Sacas cosas de los bolsillos.

—No... —respondió el niño con simpleza—. Yo a fano —confesó, usando el idioma de la calle.

—¿Robas, y lo dices como si nada?

—Soy menor... A mi la yuta no me puede encanar.

—Veo que estás bien informado de los aspectos legales. Es cierto, no te pueden encarcelar. Pero me has robado, y deberás pagarme.

—¿Por qué le robaste al doctor, Panchito? —simuló reprocharle su padre, que de seguro debía obtener su tajada de todo el asunto. (¿Quién podía culparlo? Cuando el único capital de un hombre eran sus hijos, era lógico que los pusiera a producir cuanto antes).

—¿Cuánto te pagan por cada celular?

—Tres pesos.

“ ¡Eso sí es un robo!”, pensó Fernando, a quien cada aparato le costaba más de trescientos.

—Entonces me debes como nueve pesos.

—¡No! —protestó el niño—. ¡El Beto se queda con dos, y a mi me da sólo uno!

—Entonces son tres pesos. Tendrás que trabajar para mi, y pagármelos.

—¿A quién tengo que matar?

—Por ahora esperemos que a nadie —replicó Fernando, a quien aquella frase, a pesar de haber sido dicha con inocencia, no le causaba nada de gracia—. ¿Cómo te llamas?

—Panchito.

—Bueno, Panchito... Vas a ayudarme en el hospital.

—¡Imposible! —se apuró a decir el padre— El muchacho tiene que comer...

—Yo le voy a dar de comer. Y voy a estudiar que otras habilidades tiene, aparte de robar.

—Mire doctor que este es un caso perdido. Como el Beto, que ya me estuvo tres veces en cana... Le va a llevar mucho tiempo si lo quiere sacar derecho.

—¿Tiempo? Eso es lo de menos —se apuró a decir Fernando—. Tiempo me sobra.

Y aunque pasaba más de dieciséis horas trabajando todos los días, decía la verdad.

* * *

—Y su secretario me dijo...

—¿Mi secretario? —se extrañó Fernando.

Y desde el otro lado del escritorio, Panchito sonrió.

—Sí, su secretario. Ese muchacho que atiende el teléfono cuando usted está en el quirófano.

—Claro... Mi secretario.

—Me dijo que le mandara un mail, pero se ve que usted tiene la casilla llena, porque ya me han “rebotado” dos.

—¿Llena? No creo... Debe ser el servidor. Pero en cuanto pueda, me voy a fijar... ¿Por qué no me llamó?

—Porque a esa hora yo estoy en el trabajo, y no me dejan usar el teléfono de la empresa. Y como hace una semana perdí mi celular.

Fernando miró a Panchito acusadoramente, pero el niño se apuró a decir:

—Yo no fui.

—¿Dónde perdió su celular?

—En la provincia de Mendoza. Tuve que viajar, y me parece que me lo dejé en el avión.

—¡Te dije, desconfiado! —se burló Panchito.

Y Fernando sonrió.

—La próxima vez que lo atienda “mi secretario”, deje un número al que yo lo pueda llamar.

—Lo intenté, pero él me dijo que mejor le mandaba el mail.

—Lo que ocurre es que mi secretario es un poco flojo, y no le gusta mucho escribir. Pero usted insista.

—Gracias, doctor... ¿Continúo con la dosis de siempre, entonces?

—Como siempre. Y si todo sigue así, nos vemos en una semana.

Fernando esperó a que su paciente se fuera, antes de encarar al niño.

—¿Cuánto hace que trabajas para mi, Panchito?

—Dos meses.

—¿Cuánto ganaste durante todo este tiempo?

—Doscientos pesos.

—Es decir que por mes me sacaste...

—Cien.

—Más el celular de la enfermera Fuentes, que nunca apareció.

—Yo a esa gorda no le saqué nada. ¡Y se lo merecía por comerse el sanguuche que me diste!

Por más que lo intentó, Fernando no pudo ocultar una sonrisa, pero luego continuó con gesto adusto.

—¿Te conté alguna vez que de chico quería ser mago?

—Noooo.

—Mi mamá me llevaba a estudiar al centro.

—¡Eso no se estudia!

—¡Tienes razón! Se aprende... Y hay que tener dedos ágiles como los tuyos. ¿Qué opinas si te pago ciento

cincuenta, y en vez de venir aquí, vas con mi amigo el mago? El dice que puede enseñarte el oficio.

—¿Puede ir el Beto también?

—No... A Beto mejor lo dejamos afuera. Sus dedos ya son suficientemente ágiles, sin necesidad de que nadie le enseñe. ¿Quieres ir?

—¡Dale! ¿Y ahora puedo ir a comprar otro sanguiche?

—A mi cuenta... ¡Y nada de robar la mayonesa de la cafetería!

Fernando vio salir a su solícito empleado, y sonrió. El niño no era muy estudioso, pero sí inteligente, y con un poco de suerte iba a poder torcerle el destino.

Abrió su laptop.

El señor Pérez Prado no era el primero que se quejaba de que no le entraban los mails. Pero estaba seguro de que no había mucho en su casilla. Siempre la revisaba, y borraba lo innecesario.

Abrió su correo, y lo revisó una vez más.

Y buscando, halló el mail que Ángel le había enviado durante el juicio, un millón de años atrás. ¡La necesitaba tanto! Y cada día que pasaba, lejos de olvidarla, la extrañaba un poco más.

Irreflexivamente abrió el mail, y comenzó a leerlo. Volvió a sentir la angustia y el miedo de la muchacha,

reflejado en aquellas palabras. “No tendría que haberlas dejado ir solas”, se reprochó Fernando.

Otra vez leyó aquel párrafo que lo había lastimado tanto:

“No sabes como te necesita Patricia”

Pero..., ¡qué extraño!, no acababa ahí... El mensaje seguía:

“A veces nos quedamos hasta tarde hablando de ti. De tus ojos, de tu forma de hablar, de esa pasión que pones con cada uno de tus pacientes. Te necesito tanto, te extraño tanto”

Fernando se emocionó.

“Extraño tu voz, el ritmo de tu piel, el sonido de tu alma.

Que más quisiera yo que

¡¿Se acababa ahí?!... ¡¿No había más?!...

El corazón del joven cardiólogo latía con fuerza. ¡Ese no era el mensaje que había leído aquella vez!

Volvió a la lista de correos, y buscó el mail posterior...
¡Le faltaba el final! Se interrumpía luego de vaguedades, y de aquella frase sobre Patricia.

Aquel otro, en cambio, a medio escribir, o a medio borrar...

“Te necesito tanto, te extraño tanto. Extraño tu voz, el ritmo de tu piel, el sonido de tu alma. Que más quisiera yo que

Fernando sintió como sus ojos empezaban a humedecerse.

—¿Qué? ¿Qué es lo que querías, Ángel? —murmuraba una y otra vez, febrilmente— ¿Por qué no te animaste a decírmelo entonces?... ¿Por qué no te atreviste a

contármelo cuando te tuve entre mis brazos?... ¡¿Qué sientes por mi, Ángel?!

* * *

Fernando tenía que saber... Como fuera, pero tenía que saber.

—¿Quién es? —preguntó Ángel, al portero eléctrico.

—Fernando... ¿Puedo pasar?

—¿Ha ocurrido algo?

—¿Puedo pasar?

La muchacha accionó el botón, pero la puerta no se abrió.

—¿Quiere subir?

Una dulce ancianita se apuró a abrirle la puerta a aquel bello extraño.

Buena señal. Él siempre había tenido éxito entre las dulces ancianitas

Esperanzado, subió al elevador.

—Es por seguridad —explicó la dama—. A esta hora cerramos la puerta con llave. ¡Es muy tarde!

—Sí... Son casi las diez de la noche.

—¿Va a ver a la chica nueva?

—Sí.

—Cuidado con el marido... Nunca confío en un hombre al que no le llego a ver la cara.

—Es el novio, no el marido.

—¿Está seguro?... ¡Buah! Igual... Novio, marido. Ahora ya no hay diferencia. Se pasa todo el día con ella.

Fernando sintió que su corazón ardía, pero no dijo más, excepto despedirse afectuosamente de la dama al llegar al quinto piso.

De nuevo se sintió esperanzado al tocar el timbre. Y no tardaron demasiado en responderle:

—Hola.

—Hola —replicó el joven doctor, de mal modo.

No necesitaba que se lo presentaran para saber quién era aquel fulano desproporcionado que le había abierto.

—¿Está Ángel?

—Hola, Fernando —respondió ella desde atrás de esa mole, con timidez.

—Soy Raúl, el novio de Ángel.

—Soy Fernando.

—Lo sé —dijo el otro con sequedad.

—¿Puedo pasar? —preguntó el recién llegado con enojo, para agregar de inmediato, con intención—, ¿o interrumpo algo?

Aquel tipo lo miró con fastidio. Pero antes de que pudiera decir más, Ángel respondió:

—Pasa, por favor. Yo estaba estudiando, y Raúl me hacía compañía.

Fernando tuvo que esquivar aquella voluminosa pared de músculos y grasa, que se alzaba amenazadora ante la puerta, para poder entrar.

—Siéntate Fernando, por favor —invitó la joven.

Lucía pálida, y bastante desmejorada.

Entre ellos se instaló Raúl, vigilante.

—¿Qué estudias?

—Biología Celular... Pero es muy complicado. No entiendo nada, y tengo miedo de no aprobar.

Pronunció la palabra “miedo” de una forma que no dejó dudas en Fernando de que los ataques de pánico de la muchacha habían empeorado.

—Deberías ir a terapia —dijo sin lógica aparente.

—¡Ella no necesita terapia! —se ofuscó Raulcho—. Más bien un profesor.

—¿Y el curso que te recomendé?

—Terminaba muy tarde, y lo tuve que dejar.

—¿Quieres que yo...?

Pero Raúl no lo dejó terminar.

—No tienes por que molestarte. Si Ángel necesita un profesor, tengo dinero suficiente como para...

—“Ella” tiene dinero suficiente —se enojó Fernando—. Pero no se trata de eso... Creo que necesita otro tipo de apoyo.

“Sí, sí...”, pensó Raúl, con furia. “Y tú te mueres por apoyarla...”

—Estoy bien, Fernando —se apuró a decir la muchacha, de una forma que dejaba a las claras que estaba mintiendo—. Pero has venido hasta aquí por algo... ¿Qué necesitas? Es muy tarde, y...

Fernando miró a aquel fulano superdesarrollado, que no dejaba de parpadear. Le hacía recordar a un viejo muñeco que guardaba su madre, con su aspecto de bebé, sus rizos dorados, y esa estúpida pancita.

—Hoy revisé mi casilla de mail.

—¿Le mandaste un mail, Ángel? —preguntó aquel fulano, como si estuviera realizando un interrogatorio policial.

—No...

—¿Recuerdas aquel mail que me enviaste, contándome del juicio?

La muchacha enrojeció de inmediato.

¡Era imposible!... ¡Estaba segura de haberlo borrado!

—Sí —respondió tratando de disimular su susto.

—Enviaste dos, casi iguales... Hoy descubrí el más largo...

Raúl miraba a uno y a otro, tratando de entender de qué se trataba todo aquello.

—Nunca hubo uno más largo. De echo, envié sólo uno... Pero en el hotel había una niñita que quería jugar y... Quizás ella aprovechó un descuido mío para escribir algo, y te lo envió.

—Sí... —dijo Fernando mirándola fijamente—. Quizás fue esa niñita.

—¿Pero que era lo que decía ese segundo mail? —preguntó Raúl con impaciencia.

Fernando volvió a fijar sus bellos ojos oscuros en Ángel, y ella agachó la cabeza, avergonzada.

¿Cuánto de ese mensaje original habría llegado a sus manos? ¡Estaba segura de haber borrado la parte en que hablaba de amor!

Bueno, casi segura.

—¿Ninguno de los dos va a contestarme? —se impacientó Raúlcho.

—Era algo íntimo sobre mi novia, que no me parece bien contarte —le explicó Fernando, para sacárselo de encima—. Era algo que ella sentía, y que no se atrevía a decirme, todavía no entiendo por qué.

—Yo no escribí eso, Fernando —volvió a mentir Ángel, con desesperación, pero sin mirarlo— Y si lo hice, fue hace tanto tiempo atrás, que ya lo olvidé...

—Algo así no se olvida.

Raúl se desesperó. Esos dos hablaban ente si, como si no hubiera nadie más presente.

—Pues ella ya lo olvidó, Fernando. Mejor le preguntas a tu novia, en vez de molestar a Ángel... No es por nada, pero la verdad es que todavía no hemos cenado, y ya es muy tarde...

—Fernando —se excusó Ángel—, olvídale, por favor. De seguro es una tontería, escrita por alguien que no sabía lo que estaba haciendo...

Por toda respuesta, Fernando le devolvió aquella mirada salvaje que la hacía estremecer. Y entonces, sin esperar más de aquella visita, se limitó a decir:

—Tienes razón, Raúl... Ahora me doy cuenta de que ya es muy tarde.

* * *

—¡Ángel!

La joven forzó la vista más allá de los rayos de sol, y se estremeció. ¡Allí estaba ella! La última persona en el mundo a la que tenía ganas de ver.

Bueno, la anteúltima.

—¿Cómo estás, Victoria?

—¿Qué haces aquí, sentada sola en la plaza?

—Fui a la peluquería con mi cuñada. Pero como ella tiene todavía para una hora más, decidí salir a tomar un poco de sol.

—Pareces aburrida... ¿Para qué la estás esperando? Me imagino que debes tener mucho que estudiar.

—Bueno... No realmente... Dejé.

—¿Dejaste?!

Por eso no quería encontrarse con Victoria. Sabía que iba a hacer un escándalo por todo.

—Me fue mal en el examen de Biología Celular. No sé... Había estudiado todo del derecho y del revés, y de repente me estaban preguntando por las células del ojo de un gato... ¡Cómo si fuera veterinaria!... Fue muy frustrante.

—Ya se sabe que el ingreso a Medicina es siempre un filtro, pero... ¿No era tu sueño...?

No tuvo valor de terminar la frase. La muchacha se veía desolada.

Y como si tuviera que justificarse ante ella, Ángel insistió:

—Además, dudo que llegara a terminarla. La carrera es demasiado extensa, y pensamos que sería mejor que yo estudiara algo mas corto.

“¿Pensamos?”... La gente solía usar el plural para justificar el hecho de que, simplemente, no estaba

pensando. Una forma de echarle la culpa a otro, por el propio fracaso.

Mejor, entonces, no insistir.

—¿Y tus ataques de pánico?

—Ya casi no tengo.

—Me imagino. Y es que si dejaste la facultad, y no trabajas, dudo que salgas sola en muchas oportunidades, ¿no?

—No... No salgo demasiado.

—¿Vas a casarte pronto?

—Pensamos que lo mejor es no esperar mucho. Por los hijos, ¿sabes?... Y, además, Raúl viaja todo el tiempo. En una semana se va a Milán, y pensamos que sería bueno ir juntos.

—¿Te vas a Milán?

—Por unos meses. Es bueno tomar distancia. Quizás un viaje me ayude a superar parte de lo que me pasa... Al menos eso es lo que pensamos...

“Si dice *pensamos* una vez más, me mato”, se lamentó Victoria, a quien le costaba reconocer en esa niña temerosa que tenía enfrente, a la muchachita audaz que la había enfrentado en la Iglesia, cuando todavía eran desconocidas.

¿Quién le había lavado el cerebro?

¿Por qué se había dejado robar el espíritu?

—No entiendo, Ángel... ¿Se van a vivir juntos a Milán?

—¡No!... Yo voy a quedarme en un cuarto rentado, en la casa de una familia amiga de Raúl.

—¿Sabes hablar italiano?

—No.

—Y Raúl va a estar todo el día trabajando, ¿no?... ¿Qué vas a hacer allí?

—No sé. Supongo que lo mismo que aquí... Pero pensamos que...

Victoria la interrumpió de forma poco cortés.

—¿Sabes lo que pienso yo? Pienso que podrías acompañarme. Estoy esperando a mi hermana Vanina. Vamos a ir a su negocio, aquí a la vuelta, sobre la avenida Alvear, para que me muestre su nueva colección. Ella es diseñadora, y de las buenas. ¿Vienes?

—No, gracias. Mi cuñada...

—Tu cuñada puede ir a buscarte cuando termine. Aquí tengo la tarjeta comercial, con la dirección de la tienda.

—Pero...

—Habla con la recepcionista, y pídele que se la entregue cuando tu cuñada haya acabado.

—¿Te parece?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Y aquel argumento pareció terminar de convencer a la muchacha que, tarjeta en mano, volvió a entrar en el lujoso local que tenía enfrente.

—¡Victoria!

—Vanina... Llegas tarde, como siempre. Pero te perdono, porque esta vez saqué algo en limpio de tu tardanza.

—¿Quién era esa con la que hablabas?

—Ángel. Fernando está enamorado de ella.

—¿Esa es la novia de Fernando? —preguntó Vanina, mirando con curiosidad a través del escaparate de la peluquería.

—¡No!... Presta atención, porque la historia es complicada. La novia es otra. Esa es Ángel, la muchacha de la que está enamorado.

—Con las piernas y el culo que tiene esa niña, no me extraña.

—Y tiene una carita hermosa.

—¿Y ella por qué no está enamorada de él? Fernando es un amante de primera. Y, créeme, tengo mucho para comparar...

Victoria hizo un gesto de desagrado, pero se abstuvo de todo otro comentario al respecto. Su hermana tenía un

pasado frondoso, del que la joven heredera prefería no acordarse.

—Escucha, Vanina... Ángel no sólo está enamorada de Fernando, ¡está enamoradísima!

—¿Y entonces, por qué él está con otra?

—Por la misma razón por la cual ella se va a casar con otro.

—¡¿Qué?!

—¡Silencio!... Ahí viene... ¿Quieres divertirte un rato, Vanina? ¡Sígueme la corriente!

En efecto, ya Ángel se estaba reuniendo con ellas.

—Te presento a mi hermana, Vanina Ferrari, diseñadora, y madre de un bebé y un tercio.

Ángel las observó, extrañada.

—¡Está embarazada de tres meses! —explicó Victoria.

—¡Increíble! Tienes una figura maravillosa, y estás flaquísima.

—Con mi otro niño sólo engordé siete kilos.

—Como te dije, Ángel, Vanina es diseñadora. Y ahora se está dedicando casi en forma exclusiva a hacer vestidos de novia. Le comenté que te ibas a casar, y pensó que sería maravilloso que te probaras alguno de sus modelos.

—¡Pero, Victoria! —se horrorizó Ángel—, dudo que un vestido de diseñador esté a mi alcance...

—¡Tonterías! —se apuró a decir Vanina—. No se trata de venderte nada. ¡Clientes me sobran! Pero me fascina ver mis creaciones en mujeres reales. Gente como tú, con culo y tetas, y no como las modelos que uso en los desfiles. A veces, algo impactante en la pasarela, se desluce si las curvas son pronunciadas.

—Además, Ángel..., ¿no te gusta probarte vestidos hermosos?

No... A Ángel últimamente no le gustaba nada. Todo le daba igual. Como aquel viaje a Milán, por ejemplo. ¿Se aburriría en Milán? No más que en Buenos Aires. Y allí, al menos, no corría riesgo de encontrarse con...

Con nadie.

* * *

—¡Te queda fabuloso!

—¡Para una película pornográfica! —protestó Ángel, riendo— No me imagino entrando a mi boda así.

En verdad no se imaginaba entrando a su boda de ninguna manera.

Aunque tenía que reconocer que, después de todo, se estaba divirtiendo.

—¿Te parece provocativo?... —se burló de si misma Victoria— Deberías haber visto el vestido que llevó a la Iglesia la ex de mi marido. El tuyo parece de primera comunión al lado de ese...

—A mi me parece que te queda espléndido —acotó Vanina—. Pero ya me doy cuenta lo que te gusta. Tú eres más bien del tipo romántico.

—¿Era lindo tu vestido de casamiento, Victoria?

Ángel se sorprendió al escuchar el suspiro que arrancaba su pregunta.

—Mi boda fue muy simple. Hermosa e inolvidable, pero simple. Y a veces lamento un poco no haberme casado de blanco, y con uno de estos. Me hubiera encantado ver el rostro de mi marido. Esa expresión arrobada que puso Nicolás cuando se abrieron las puertas, y tras ellas apareció Carolina. O la de tu Piñeyro, hermanita... ¡Se veía tan impactado mientras caminabas hacia el altar!

—Samuel es tan buen mozo que estoy segura de que hubiera sido un espectáculo verlos juntos... En cuanto a ti, Ángel... Pruébate este. ¡Te va a encantar!

Obediente, la joven se ocultó tras uno de los múltiples espejos que rodeaban la bella tarima de madera. Allí, las luces pegaban de lleno, y la única decoración era un sin fin de flores blancas, recién cortadas y olorosas.

—¿Hay noticias? —preguntó impaciente Victoria a su hermana, una vez que volvieron a quedar solas.

—Lidia nos avisará... Ahora mejor voy junto a ella para peinarla. Ese vestido debe lucirse con el cabello atado en una cola, hacia el costado...

Victoria sonrió. A Vanina le gustaba ser meticulosa hasta con el último detalle de sus creaciones.

La joven volvió a mirar su reloj, preocupada.

—Señora Victoria —llamó Lidia.

Y como si se tratara de un acto de magia, por uno de los paneles vidriados apareció el mismísimo Fernando Aguirre. Hermoso como siempre, con su traje impecable y su camisa blanquísima. Sus zapatos lustrados... Y una carita que daba lástima.

—¡Victoria!... Me sorprendió tu mensaje... ¿Pasó algo con Vanina, o Esmeralda?

—No. Esta vez no necesito tu consejo profesional, sino tu opinión como hombre.

—No entiendo.

—¿Tienes un rato?

—En quince minutos debo prepararme para ir a quirófano, pero...

—Una amiga tuya va a casarse, y queremos tu opinión acerca del vestido que ha elegido para su boda.

Fernando sonrió, confundido.

—Creo que yo no soy...

Pero no pudo decir más.

Como si de verdad fuera un ángel, aquella niña que Fernando amaba con tanta intensidad, parecía flotar en el aire, en su paso hacia la tarima central

Indiferente a lo que la rodeaba, Ángel hablaba con Vanina, la cabeza dada vuelta, distraída en acomodar los pliegues de un vestido blanco que apenas la acariciaba, resaltando con gracia sus formas perfectas en cada paso.

Por fin llegó hasta unos de los espejos, y se detuvo, para mirarse complacida.

—¡Éste!... Sin duda este es el mejor... ¡Es un sueño!

Fernando la observó, obnubilado. Era como si estuviera frente a un milagro que parecía dispuesto a aceptar, sin entender.

Las pícaras hermanitas Ferrari, en cambio, se regodearon por su obra. En aquel gesto de él, mezcla de admiración y encanto

“Así me hubiera gustado que me mirara Samuel al entrar a la Iglesia”, se dijo Victoria.

Y es que allí, a un costado de aquel cuarto adonde la imagen de la perfección y la pureza se repetía tantas veces,

Fernando languidecía por aquel reflejo con el que nunca se había atrevido a soñar.

Y como si no hubiera habido otro movimiento posible, lentamente se fue acercando a la única mujer que amaba.

No fue hasta que la rozó con dulzura, que Ángel notó su presencia.

Fue un encuentro sobrecogedor.

Y como si de verdad fuera el novio, en medio de aquella fantasía, Fernando se paró a su lado, y observó la imagen de ambos que el espejo les regalaba.

—¿Cómo que te casas? —le preguntó, por fin, en un hilo de voz.

Se enfrentaron, perdido cada uno en la mirada del otro.

—Fernando... —intentó explicar ella, pero se le ahogaron las palabras.

Y entonces él se abandonó a su desesperación: —¡No puedes hacerlo!... ¡No comprendes que yo...!

No pudo terminar. De la nada surgió, cual blonda valquiria, una muchacha regordeta, dispuesta a poner orden de inmediato. Su imagen se repetía cientos de veces, amenazadora.

—¡¿Qué estás haciendo Ángel?! —gritó Ornella—
¡¿Quién es ese tipo?!

Victoria se apuró a recibirla, tratando de minimizar la incomodidad de la situación.

—¡Hola!... Tú debes ser la hermana de Raúl. Yo soy Victoria Ferrari —dijo, poniéndose delante de la muchacha, y trabando su paso— Y esta es mi hermana Vanina. Ella es diseñadora, y como Ángel se está por casar...

—Pero Ángel no se va a poner eso para su boda —dijo la muchacha con desprecio—. Bueno, en realidad era una sorpresa para ella, pero... Con mamá, pensamos que sería maravilloso que usara el vestido de mi abuela Antonia. ¡Estamos seguras de que a Ángel le va a encantar! Es muy década del sesenta, corto, y como con veinte metros de tul.

Y mirando a los presentes, la entusiasta muchacha aclaró.

—El de mi mamá es más lindo... Pero ese lo voy a usar yo.

—¿Te estás por casar? —preguntó Victoria, fingiendo interés.

—Algún día, seguro que sí... —Y luego, señalando a Fernando, preguntó—: ¿Él quién es?

—Un amigo nuestro, al que llamé para que nos diera su opinión.

—Es Fernando —susurró Ángel.

—Ah... —dijo la otra, sin ocultar su enojo— Vamos, Ángel, cámbiate rápido. Raúl está afuera, y nos espera... Y

además, el vestido de la abuela no tiene mucho que envidiarle a ese. Claro que habrá que achicarlo, porque la abuela era... algo rolliza... Más de mi tipo... —Y mirando a Vanina, agregó—: ¿Aquí hacen ajustes?

—Sólo diseños originales —respondió la joven con aquel tono helado que ya hacía mucho que no usaba para dañar a nadie.

—¡Vamos, Ángel! ... ¿Qué haces todavía ahí parada? —la reprendió su cuñada.

La muchacha observó a Fernando con desesperanza.

—Tengo que irme —le dijo en voz baja.

Y él sólo pudo replicar: —No... No es cierto. No tienes que irte a ningún sitio, si no quieres... Quédate conmigo...

Ornella intentaba escuchar lo que decían aquellos dos, pero las hermanas Ferrari seguían parlotando a su alrededor. Finalmente, pudo acercarse, pero sólo alcanzó a escuchar lo que su cuñada susurró antes de irse corriendo. Nada demasiado importante. Sólo un “*De verdad... Tengo que irme*”, dicho a media voz.

Con satisfacción observó la cara de aquel fulano al escucharla. ¡¿Qué se había pensado?! ¡Nadie le robaba la mujer a Raúl Rufaldi!

Bueno, al menos nadie se la iba a volver a robar...

* * *

Fernando retuvo la puerta vidriada.

—¿Puedo pasar? —suplicó.

La dulce ancianita lo observó temerosa.

—¿Me recuerda? —insistió él—. Soy el amigo de la muchacha nueva. ¿Puedo pasar?

—Ay, querido... Mejor no. Después, en el edificio todos me retan, porque dicen que dejo pasar a cualquiera.

—Pero yo no soy cualquiera. Soy el amigo de la chica nueva.

—¿Por qué mejor no le tocas el timbre?

—Porque de seguro me va a atender el novio, y a él no le gusto ni un poquito.

—¿El novio? —dijo la señora, franqueándole la puerta, de puro distraída—. Ah, si... Carlitos... No, no. ¡Raulito! Si, Raulito, como mi otro yerno. ¡Lindo muchacho!

—Demasiado alto —replicó Fernando, mientras le abría la puerta del elevador.

—¡Pero es tan bueno!... ¡Y la quiere tanto! Siempre le habla despacito... ¡Y es muy inteligente! Es ingeniero... El otro día vino a mi casa porque no me andaba la descarga del baño. No lo vas a creer, pero en un pin, pan, puf, ya estaba listo. ¡Y ni siquiera quiso cobrarme el repuesto!... Se nota que no le hace falta el dinero, porque era bastante

plata. ¡Esa niña se ha sacado la lotería con él!... ¡Y se los ve tan enamorados!... ¡Mira! Ya llegamos al quinto. Aquí te bajas tú.

Ahora Fernando no parecía escucharla. Se veía triste y pensativo.

—Querido... Es tu piso. ¡El de tu amiga!

—Ah, sí.

Y no acababa de cerrar la puerta, cuando la dama agregó:

—Dale un beso a Raulito de mi parte. Dile que se lo envía Nené, del octavo.

A medida que el elevador subía, la voz de la dama se fue haciendo más débil.

Fernando la escuchó en silencio, y luego comenzó a recorrer con lentitud el pequeño pasillo.

Necesitaba a Ángel tan desesperadamente que le era imposible pensar en perderla, pero...

¿Qué derecho tenía él de estar ahí? ¿De intentar usurpar la felicidad de otro hombre?

Se paró frente a la puerta del departamento, y se quedó quieto. No podía tocar el timbre. Pero tampoco quería irse.

No habían pasado diez minutos, cuando, de repente, la puerta se abrió de un golpe, y la figura de Ángel casi aterrizó entre sus brazos. Se la veía agitada y triste.

Por unos segundos, los dos sorprendidos, se contemplaron en silencio. Era como si, sin saberlo, se hubieran estado esperando.

—Fernando —murmuró ella, confundida.

Y entonces él, sacando fuerzas de su propia desesperación, se limitó a atraerla hacia él, para cerrar la puerta del departamento.

Y recién entonces, con esa intimidad lograda en medio de aquel pasillo ajeno, Fernando comenzó a hablar:

—Sé que posiblemente él esté allí adentro, esperándote. Sé que tiene mucho para ofrecerte y hacerte feliz. Sé que yo no tengo nada. Sólo esta vocación que únicamente impone sacrificios. Y sé que ni siquiera soy libre, porque no puedo dejar a Patricia. Pero antes de que te cases, quiero que sepas que...

—No, Fernando. No lo digas, por favor —suplicó ella, rozando sus labios con la mano.

Él se liberó con dulzura, y mirándola fijamente a los ojos, continuó:

—Quiero que sepas que te amo más que a mi vida. Que nací para cuidarte. Que eres el único motivo por el que respiro cada mañana. Que sobreviví en Tucumán pensando en ti, y que ahora que te perdí no sé como seguir viviendo. Y no importa si te casas con él, ni que tan lejos te vayas, yo voy a estar siempre allí para cuidarte. Porque eso es para lo

único que sirvo... Si te hubieras atrevido a mirar a través de mis ojos, hubieras visto todo el amor que siento por ti.

Fernando calló, y se contemplaron en silencio.

Y entonces la soltó.

—Nada más quería que supieras —concluyó.

Y dándole la espalda, comenzó a caminar lentamente hacia el elevador.

—Fernando...

El joven doctor se dio vuelta para mirarla.

Y ella, parada en medio del pasillo como una visión, todavía agitada por el impulso, sólo murmuró:

—¿Quieres pasar?

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbese a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.